

## La inferioridad legislativa y la Cámara todopoderosa

*Sábado, 18 de septiembre de 1937*

La desgraciada República española, tan duramente afectada, tiene derecho al reconocimiento de las otras democracias, aunque no fuese más que por las lecciones de experiencia dolorosa que les ofrece, y de las que todas ellas pueden disfrutar. Entre esas lecciones, la más interesante sin duda es la que apunta la Cámara única todopoderosa, causa principal indiscutible de la ruina de mi patria.

Esa Cámara mostró inferioridad, cercana a la incapacidad para el ejercicio de la función legislativa, empezando por su esterilidad, por muy paradójica que nos parezca. Pero es precisamente en ausencia de todo freno y en la facilidad para legislar donde reside la explicación de la paradoja: porque la Cámara única, en vez de apartar los enfrentamientos y los choques con los sentimientos y los intereses, los buscaba deliberadamente, sin meditar sus consecuencias. Así, todas las personas perjudicadas terminaban pronto por elegir una Cámara apasionadamente opuesta a la que acababa de ser disuelta: y ésta nacía con un mandato imperativo de abrogar masivamente la obra legislativa de la precedente. Eso explica el hecho curioso que nos muestra cuatro años después de la República el periódico oficial, sobrecargado de textos legislativos, pero sin eficacia, habiendo destruido los unos a los otros, y siendo prácticamente regladas la mayoría de las instituciones por disposiciones de la monarquía, y a veces de la dictadura. No se instauró de ningún modo una legalidad republicana.

Una vez perdido el espíritu de continuidad en el esfuerzo legislativo, las Cámaras con las pasiones sobreexcitadas, al legislar deseaban abusar del efecto retroactivo, tan excepcional y peligroso en la ley. Así, una ráfaga de arbitrariedad pesaba sobre las situaciones jurídicas, amenazando siempre inseguridad y trastornándolas a fin de cuentas.

Se comprenderá aún mejor la preocupación de la Cámara única, redactando textos irreflexivos. Se puede mostrar un ejemplo interesante. La llave de la bóveda de la Constitución era el Tribunal de Garantías Constitucionales. Las

Cortes Constituyentes se habían reservado celosamente, en el penúltimo artículo de la Constitución, la tarea tan delicada de redactar ella misma la ley orgánica de tal alcance. Pues bien: cuando éstas acometieron su obra, además con retraso, pudimos ver, con extrañeza, el conjunto de las absurdidades aritméticas más evidentes, y de las monstruosidades inconstitucionales más inconcebibles. Después, la renovación del Tribunal se hacía imposible. Desde el punto de vista constitucional la Cámara venía compartiendo con varios funcionarios del Estado e incluso de las regiones autónomas, su prerrogativa inalienable de acusar ella sola al Jefe de Estado y a los ministros. Nos parecía molesto recordar la ley a las Cortes con un mensaje más bien de censura que de veto. Preferimos plantear con urgencia una proposición de ley restableciendo el buen sentido y la Constitución. Y vimos cómo se votaba aprisa, antes del plazo que estaba fijado, por aplicación de la primera ley tan importante como negligente.

Era fácil explicarse hasta que punto la Cámara única había perdido el sentido de la realidad. Otra ley había sido también reservada a las Constituyentes, según el famoso artículo 27 de la Constitución, la ley de cultos y congregaciones. La Cámara deseaba sincera y ardientemente alcanzar por ahí la cumbre del laicismo. Decidió —desaprobando la opinión de personalidades de izquierda y de extrema izquierda poco sospechosas de clericalismo— fijar para la supresión de la enseñanza religiosa un plazo de dos meses en el grado de secundaria y cinco meses en la escuela primaria.

La ley exigía que en esos cortos plazos los centenares de Institutos y las docenas de miles de escuelas, junto con sus internados y con sus cuadros de profesores y de maestros, surgieran completamente del suelo. Esperando ese milagro... antimonacal, no supimos prever, como algunos espíritus prevenidos lo habían aconsejado, para las congregaciones durante el periodo transitorio, la obligación de presentar un personal provisto de certificados o diplomas, expedidos por el Estado, lo que hubiera reducido prácticamente la influencia congregacionista a la garantía de un internado ofrecido a las familias de los jóvenes escolares. Fue aún peor que una quimera inoperante, fue un error desgraciado, porque en razón de la imposibilidad en la que se encontró para aplicar la ley, las congregaciones gozaron del privilegio absurdo e injusto de seguir la enseñanza confiada a monjes, a veces absolutamente desprovistos de toda garantía de preparación científica o técnica.

El cuadro legislativo de la Cámara única sería incompleto sin los escándalos de la iniciativa parlamentaria trastornando por la vía de las enmiendas

esenciales los proyectos del gobierno, o bien oponiéndoles sus proposiciones independientes, directas y audaces. Llevaban siempre la marca, a menudo mal disfrazada, del interés particular más intrépido. Abandonábamos gratuitamente el patrimonio del Estado: instauramos en él unos privilegios, asegurábamos a unos jóvenes mal preparados una carrera aventajada con gastos del Tesoro... A menudo varios diputados querían organizar o desorganizar, a su antojo, los servicios públicos.

Con ocasión de cada iniciativa audaz, los otros diputados ponían cara de no comprender, y siempre como buenos camaradas esperaban su vez, sin molestar a sus vecinos y amigos. Los ministros, temiendo ser derrotados por la Cámara todopoderosa, dejaban sus bancos de gobernantes, creyendo así salvar la cara, y evitaban refrendar el mensaje de veto. Pero la marea subió tan alta, sobre todo en la Cámara derechista, amenazando turbar la organización del ejército y el presupuesto de los ayuntamientos, que tuve que hacer un llamamiento, en algunos casos, al ejercicio del veto que hubiéramos querido evitar.

Quitándole a las leyes toda la estabilidad, así como el sentido de la realidad y la primacía del interés general, la Cámara todopoderosa no hizo más que mostrarse incapaz en su función legislativa. Esta iba a demostrar que ello era así para sus otras prerrogativas parlamentarias.